

ARTÍCULO DE OPINIÓN

LA PARADOJA EDUCATIVA DEL P.S.O.E.

La entrada en vigor de la L.O.E. nos demuestra la falacia de sus pretensiones: enseñanza de calidad, educación europea... ¿Cómo podemos alcanzar estos objetivos si la presencia de las materias de contenido clásico es mínima o nula? Grecia y Roma son los pilares que sustentan la cultura occidental. Obviarlo es traicionar la esencia de Europa.

Hace algún tiempo, García Gual comentaba a un periodista que no había materia de estudio más rentable que el latín, ya que es fuente de conocimiento de nuestra lengua y de otras lenguas romances o con fuerte adstrato románico, como el inglés.

Vayamos más allá. El estudio de las lenguas clásicas nos permite desarrollar las capacidades de análisis inductivo y deductivo; establecer hipótesis y clasificarlas por orden de probabilidad; conocer el lenguaje científico... ¿Estos beneficios no posibilitan una enseñanza de calidad?

A mediados de los años noventa, el estado norteamericano de Indiana puso en práctica una experiencia didáctica en la que, durante cinco meses, se impartió latín, con clases diarias de media hora de duración, a grupos de alumnos de 12 años. Al finalizar el periodo, los alumnos que habían seguido el programa obtuvieron resultados en comprensión lectora superiores en un año al resto de sus compañeros, un adelanto de siete meses en destrezas matemáticas y de cinco en conocimientos del área de ciencias. En la actualidad todas las escuelas de primaria de Indiana siguen el plan.

¿Seríamos capaces de aprovechar experiencias como ésta, con una mentalidad tan “ad absurdum” como las que han elaborado la L.O.E?

Pretendemos una educación europea, potenciar en nuestros alumnos el dominio de, por lo menos, dos de las lenguas de los países que nos son más próximos, aquellos que, con nosotros, constituyen esa realidad que llamamos Europa. Pues bien, el enriquecimiento de las lenguas occidentales se llevó a cabo mediante importaciones del latín y del griego para constituir su caudal léxico culto, vocabulario que se caracteriza por ser común a todas las lenguas, por tener rango internacional. Y para acceder a él, el conocimiento de las lenguas clásicas es la llave.

Pero no podemos ceñirnos exclusivamente a la lengua. Somos Europa porque compartimos una historia común, unos moldes de pensamiento semejantes, que se fraguaron en la cultura helénica. Estudiar griego es acceder a un modelo cultural incomparable y penetrar en los elementos e ideas que nos conforman. El progreso del espíritu humano sólo puede ser efectivo si contiene una perspectiva histórica y el inicio hemos de situarlo en la gran aventura de los antiguos griegos, esto es, en la búsqueda del Logos.

(Quizá, debido a la penosa sensación que siento frente a una ley educativa que busca el adocenamiento del alumnado, prefiera identificar el verdadero comienzo de nuestra esencia europea en el Canto V de *La Odisea*, cuando Homero hace que su héroe desprecie la inmortalidad que le ofrece Calipso. Aquí se demuestra el valor que, en su cultura, tenía la integridad del hombre.)

Mientras escribo este “canto de cisne”, resultado de la frustración que siento como docente, una compañera me trae un reportaje, publicado en el diario francés *Le Monde*, el viernes 16 de febrero de 2007, sobre otra experiencia didáctica, que llevan a cabo en el

lycée Jean-Vilar en Meaux, una de las zonas más desfavorecidas y con mayor número de emigrantes de Seine-et-Marne.

De los 350 alumnos que estudian segundo curso en este liceo, un quince por ciento cursa la opción de griego clásico. Y eso en un centro clasificado como "APV" (lo que nosotros llamamos centro de difícil desempeño.)

¿Es un milagro? No, el proceso es natural porque los antiguos alumnos de la materia son los que, cada año, visitan los colegios para convencer a los alumnos de cursos inferiores de que elijan el griego clásico y, para ello, no utilizan bellos discursos, sino argumentos concretos: "las lenguas muertas son útiles y os ayudarán". Así hablan Dounya Salhi o Mouna El Mohktari, estudiantes de medicina y de un máster de economía. "Somos como vosotros, pero gracias al estudio de las lenguas clásicas, hemos logrado salir de aquí y vivir mejor que nuestros padres."

Prefiero estas medidas compensatorias, silenciosas y eficaces, a ciertas parafernalias, populistas y exóticas, que llevan a nuestros dirigentes educativos a las selvas de Guatemala.

¿Por qué mis alumnos, estudiantes de una sección bilingüe, no pueden acceder, si quieren cursar materias científicas, a la asignatura "Cultura Clásica"? Me gustaría que los "grandes pedagogos" que han elaborado la ley y los horarios de la E.S.O. justificasen esta contradicción cuando ellos, espero, saben que cualquier indagación profunda en las ciencias remite indefectiblemente a la cultura clásica. Algo tan primario como aprender la tabla periódica de los elementos en química, sólo se hace inteligible si ofrecemos conocimientos previos de vocabulario greco-latino.

Durante la elaboración y discusión del borrador de la L.O.E., las asociaciones de profesores de griego y latín, en las diferentes comunidades autónomas, elevaron a las instancias pertinentes una serie de propuestas sobre las materias de Griego, Latín y Cultura Clásica en Secundaria y Bachillerato, justificadas en base a su importancia como herramientas imprescindibles para entender la mayoría de los aspectos de nuestro mundo actual, como elementos de cohesión cultural o como medios que facilitan la intercomprensión lingüística. Es muy fácil, a la vez que tendencioso y falaz, responder que lo hacían en defensa de sus puestos de trabajo. (No es éste mi caso, ya que no soy profesora de ninguna de estas asignaturas). No, la respuesta hay que buscarla en la coherencia personal. Defendemos aquello en lo que creemos.

Como apuntaba Adrados, en un Congreso sobre cultura y lenguas clásicas, "la clave de la vigencia de los clásicos es la universalidad de lo humano. El día en que temas como el del poder, o la libertad o el miedo a la muerte o el amor no sean humanos, dejarán de ser actuales Homero, Sófocles y Virgilio."

El mundo greco-romano, pese a todo, está vivo: en nuestra lengua, en nuestro pensamiento. Casi ni lo percibimos, si no ejercemos el conocimiento consciente y el análisis, porque es casi como nuestra piel. Los griegos somos nosotros.

Asimov abunda en la opinión de Adrados y afirma rotundamente "Todos somos griegos." ¡Bienaventurado él!, porque en un futuro, gracias a Gobiernos que temen a los ciudadanos críticos, sólo unos pocos, los elegidos de los dioses, podrán afirmarlo.

M^a José Blanco González
Profesora IES Fuente Fresnedo (Laredo)
DNI: 13891731 F